

WARRIOR, Valerie M.: *Roman Religion*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

A la hora de hacer esta recensión hemos tenido en cuenta la finalidad para la cual fue escrito este libro, es decir, ser una obra de iniciación al conocimiento de la religión romana para estudiantes. De este modo, nuestro análisis se centrará muchas veces en aspectos formales más que de contenido. Sobre la estructura:

En este pequeño libro de 165 páginas encontramos diez capítulos y varios apartados. Los capítulos, todos ellos muy breves,

no superando ninguno las veinte páginas, presentan una estructuración que puede resultar en exceso compartimentada, lo que no favorece la visión general que estas obras introductorias deberían aportar. Esto lo vemos, por ejemplo, en el hecho de que haya capítulos diferenciados para la explicación de los dioses y su culto y la religión pública, cuando, por las características de la *religio* romana, ambos conceptos deberían ir unidos. Por otra parte, sí es un acierto presentar un capítulo dedicado a la religión familiar o privada.

En la estructuración también se pueden ver otros problemas de cara a la comprensión por parte del lector. Uno de ellos sería el empleo de una exposición diacrónica, que no permite ver con claridad las diferencias que se dan a lo largo de la República y mucho menos con la transición al Imperio (tanto en el culto imperial como en los cultos tradicionales y orientales). Este modelo podría ser más válido en un trabajo de mayor extensión que permitiera hacer, al menos de forma esquemática o sintética, un visionado de las transformaciones que se producen desde los orígenes (ya que se remonta en diferentes capítulos hasta Rómulo y los reyes etruscos) hasta época imperial.

El empleo de esta estructura obliga a la autora a repetir citas y retomar varias veces un mismo aspecto en diversos capítulos, produciendo una apariencia de falta de coherencia y unidad internas.

Del mismo modo, al tratarse de una obra destinada a lectores que, en principio, no tienen unos conocimientos previos de las religiones de la Antigüedad, faltaría un apartado explicativo a nivel de iconografía y mitología que permitiera aclarar, principalmente, puntos relativos a la helenización y la evolución de la religión. Además,

sería muy útil para favorecer el correcto manejo e interpretación del amplio repertorio de imágenes con el que viene acompañado el texto.

Uno de los aspectos más positivos del libro es la gran cantidad de ilustraciones que acompañan a cada uno de los capítulos, pues permite al lector adentrarse en el conocimiento de las fuentes tanto numismáticas como arqueológicas y artísticas. Son igualmente interesantes y útiles los seis mapas, que muestran el Mediterráneo y el resto de Europa y Próximo Oriente tanto en tiempos de la República como del Imperio. También recoge dos mapas de la ciudad de Roma en diferentes momentos, algo especialmente práctico para ver la evolución de la religión romana a través de los monumentos, templos y ampliación del pomerio.

El resumen de fuentes literarias antiguas lo podríamos incluir en este grupo de apartados que pueden ser muy prácticos al lector, pues le ayuda enormemente a saber dónde puede encontrar textos relacionados con la religión. Ya que a lo largo de todo el libro son frecuentes las citas y referencias a estos autores clásicos, es asimismo práctico que el lector pueda tener un fácil y rápido acceso a una breve información sobre dichos autores (generalmente, cronología y principales obras relacionadas con la religión romana).

Entre los apéndices del final del libro se encuentra también un glosario, ciertamente útil para el lector, pero que, desde nuestro punto de vista, debería completarse con un uso a lo largo de todo el texto de la terminología latina, tanto para referirse a determinados rituales y prácticas religiosas, como para los epítetos de las divinidades. Con esto, el lector adquiriría un vocabulario técnico y preciso que le salvara de cometer

errores terminológicos derivados de la traducción y posterior asociación de términos antiguos a los actuales, que en la mayoría de casos no tienen el mismo valor (algunos ejemplos son la diferencia entre *religio* y religión y la falta de términos actuales para referirnos a los rituales como las *supplicationes*, *obsecrationes*, etc.).

Por último, a modo de crítica estrictamente formal, en determinadas citas de fuentes clásicas faltan las referencias, como en la cita de Cicerón de la página 56, por ejemplo.

Sobre el contenido:

En este apartado iremos señalando, capítulo por capítulo, determinados problemas relacionados con el contenido.

La lectura del primer capítulo puede suponer al lector novel en la temática un cierto problema de cara a la correcta comprensión de la religión romana, pues sería necesario que la autora hiciera especial hincapié en determinados aspectos que consideramos fundamentales, como que se trata de una religión principalmente pública, en absoluto individualista y con clara preponderancia de rituales públicos llevados a cabo por los magistrados. Este hecho nos lleva a considerar que este capítulo sería mucho más correcto si estuviera fusionado con el cuarto, el que dedica a la religión pública. Dentro de este primer capítulo también encontramos un comentario sobre algunos dioses, pero resulta demasiado generalizado, sin marcar ni las diferencias cronológicas, que permitirían al lector comprender conceptos fundamentales como son la antropomorfización y la existencia de divinidades abstractas (*Virtus*, *Honos*, etc.), ni de origen (romanos, latinos, griegos o helenizados).

En el segundo capítulo se nos expli-

can los principales rituales, sobre todo los sacrificios, y la adivinación. Tal vez sería más coherente para el lector que se explicara previamente quiénes llevan a cabo esos rituales, es decir, los sacerdotes públicos, lo que vendría a reforzar nuestra sugerencia de que el primer capítulo y el cuarto estuviesen unidos. Cuando en un determinado momento de este capítulo se nos habla de las *supplicationes* y otros rituales expiatorios que tienen lugar durante la República, especialmente durante la II Guerra Púnica, parece que la explicación queda incompleta si no se nos explica qué son los *prodigia* y por qué es necesaria su expiación ritual.

El tercer capítulo es una buena síntesis sobre los rituales de ámbito familiar que el romano se encuentra a lo largo de su vida, comenzando con el nacimiento y pasando por el matrimonio hasta llegar a los rituales funerarios. En relación con los rituales funerarios, y ya que se trata de un libro para lectores no especializados, podría ser especialmente interesante que se hiciera una breve explicación sobre la epigrafía. Al final del capítulo se recogen una serie de inscripciones funerarias, acompañadas de un breve comentario que podrían ser sustituidas por otras que, aunque más sencillas, fueran ejemplos de epigrafía funeraria tipo, de modo que el lector aprendiera los aspectos básicos para su correcta identificación como tales (nos referimos, por ejemplo, a fórmulas como *D.M.S.*, *Diis Manibus Sacrum*, *S.T.T.L.*, *Sit Tibi Terra Lenis*, etc.).

En el cuarto capítulo es donde mejor se aprecia el problema que supone hacer una breve síntesis de un tema que supone la explicación de muchos conceptos fundamentales para que el lector adquiera una perspectiva lo suficientemente amplia y completa. La autora vuelve a señalar la estrecha

relación entre religión y política, pero sin explicar, una vez más, la naturaleza pública y estatal que caracterizó a la religión romana. Cuando se detallan las funciones de los diferentes sacerdocios públicos, es algo notorio lo breve y escueto que resulta en el caso de los *Xuiri*, pues no señala ni su papel como supervisores de los cultos extranjeros, ni que son los que llevan a cabo rituales al modo griego (*ritus graecus*) y que son los encargados de la introducción de los nuevos cultos a través de la consulta de los libros sibilinos, siendo este último punto de gran relevancia. Como algo puntual, y en relación con los prodigios, decir que cuando indica que se pedía a los *Xuiri* que consultaran los libros sibilinos, no estaría demás señalar que también se recurrió a ellos en otras ocasiones, sin la necesidad de consultar los libros. Por último, debería hacer mención del incendio del Capitolio que supuso la pérdida de los libros sibilinos y cómo se buscaron un nuevo conjunto de textos para sustituirlos (Dion. Hal., 4. 62).

El quinto capítulo, dedicado a la religión y la guerra es una buena síntesis, pudiendo decirse simplemente que la explicación de los prodigios ocurridos durante la II Guerra Púnica habría sido mejor situarla en el capítulo anterior, junto con la explicación de general de los prodigios, los *Xuiri* y los *haruspices*. En relación con la guerra, no estaría de más incluir la explicación del ritual de la *evocatio*, que aparece en el séptimo capítulo, pero que a nuestro entender tiene mucha relación con la guerra (especialmente si tenemos en mente la *evocatio* de Veyes).

Del capítulo sexto poco podemos añadir, se trata de una síntesis lograda, aunque tal vez desarrolle determinados aspectos de forma muy

extensa sin que tengan excesiva relación con la religión.

Pasando rápidamente al séptimo capítulo, el dedicado a los cultos extranjeros, hemos de señalar la falta de diferenciación y separación entre el culto a divinidades que han sido introducidas de forma oficial por el Estado y aquellas divinidades que tuvieron un culto bastante desarrollado al margen de la religión pública. Puede incluso que fuera aconsejable haber comentado los primeros en el capítulo dedicado a los dioses o a la religión y el Estado. Del mismo, ya que habla de los cultos introducidos por la consulta de los libros sibilinos, debería indicar que hay más de los que cita, como el de Venus Verticordia, Flora, etc., o, en caso de no hacerlo, explicar las razones que le han llevado a elegir unos y no otros.

El octavo capítulo se nos vuelve a presentar como una síntesis correcta de la magia, tal vez demasiado extensa en proporción al resto de capítulos y teniendo en cuenta el contenido que trata cada uno. En este capítulo, la autora debería haber explicado el importantísimo concepto de *superstitio* en oposición al de *religio*. Y también la postura oficial ante este tipo de prácticas, especialmente si pensamos en la expulsión de Roma de magos, charlatanes y filósofos en tiempos de la República.

El noveno capítulo, a decir verdad, no cumple las expectativas que podrían esperarse de una síntesis que, en principio, creíamos que estaría dedicada a explicar cómo surge la divinización de determinados personajes a finales de la Roma republicana y el desarrollo del culto imperial. Es más, del culto imperial como tal se puede decir que se explica nada. Tampoco consideramos que rendir culto a los antepasados, a los muertos, sea una forma de divinización paragonable

con la de los emperadores o los reyes helénicos, por poner un ejemplo cercano tanto en el tiempo como en el espacio. Tampoco tiene mucho sentido que comente ampliamente los honores que recibió Augusto en vida y determinadas reformas que no están directamente relacionadas con su divinización, que, como en todos los casos, se produjo tras su muerte.

El décimo y último capítulo está dedicado a los judíos y cristianos, tratando la política que desarrollaron los emperadores con respecto a ellos. Lo que podríamos preguntarnos, en primer lugar, es porqué no se presta atención a la religión de otros lugares del imperio, como Grecia, Egipto o incluso a la religión romana en las provincias, tanto orientales como occidentales, y sí trata el judaísmo. Esto sólo podría entenderse viéndolo como una contextualización para el surgimiento del cristianismo. Sobre el cristianismo, siendo un libro que trata la religión romana, podría considerarse más útil de cara al lector que se centrara en la repercusión que tuvo en Roma, a nivel oficial o estatal.

A modo de conclusión, podemos decir que se trata de una buena obra sintética destinada a un público muy concreto, a aquellos que desean adquirir unas bases sobre la religión romana. Mediante un amplio corpus de imágenes, mapas y extractos de textos clásicos, el lector puede acercarse a las fuentes para el conocimiento de esta religión, sin duda uno de los mayores logros de este libro. Aunque sí bien es cierto que hemos criticado determinados aspectos de contenido, se puede decir que la obra cumpliría su función de forma bastante aceptable.

*José Manuel Aldea Celada*